

Los dos sexos y el Otro goce*

Por Eric Laurent

A partir de la instalación del feminismo en la trama del tejido social de las sociedades industriales modernas, tuvo lugar un debate: ¿los deseos del hombre y de la mujer son conmensurables? ¿Son semejantes, análogos, o más bien, específicos, diferentes? Llegado el caso, ¿hasta dónde es necesario favorecer el derecho a la diferencia? ¿Es irremediable la confrontación? Si hay especificidad, ¿se trata de un obstáculo en la búsqueda de la igualdad de derechos? ¿No hay pura y simplemente lucha por el poder sin ningún otro remedio ni salida más que el estado de la relación de fuerzas?

Las mujeres ruegan a los hombres ahorrarles sus elucubraciones sobre el Otro sexo, sus pompas y sus misterios. Ellas prefieren hablar por sí mismas, considerarse más bien como el segundo sexo más que como el Otro. ¿El hombre no está decididamente muy centrado sobre su sexo y sobre el poder del patriarcado para entender, cualquiera sea ella, la evolución del mundo? El nuevo reparto del poder con las mujeres presentes por todos lados, ¿no obliga a radicalizar las elecciones: o la separación o la identidad, en el horizonte de una complementariedad esperada? Esto puede formularse como “la mujer es el futuro del hombre” o incluso como “el Uno es el Otro”. ¿Qué tendrá el psicoanálisis para agregar a esto? Él anuncia simplemente: el hombre y la mujer están del mismo lado, separados del Otro goce. Solo tienen en común una única especie de goce: el goce fálico. En cuanto al Otro, ellos tienen respecto de él, un acceso diferente, que los distribuye sin apelación en dos especies. Este es el obstáculo que impide que la dimensión cultural del género recubra totalmente la sexuación.

Freud había subrayado que hombres y mujeres solamente tenían una única manera de representarse el sexo, el simulacro fálico, y que esto hacía que lo que quería una mujer quedara como una incógnita por develar. El asunto fue mal recibido y sus alumnos, las mujeres especialmente, se dividieron respecto de lo que era necesario entender sobre el tema. ¿Esto quiere decir que los hombres, una vez más, tenían la pretensión de enunciar la verdad sobre las mujeres? ¿Esto quería decir que los portadores del pene tenían tales luces que podían deslumbrar a las mujeres suponiendo un masoquismo inherente al eros femenino, adaptando, darwinianamente, a las mujeres a los dolores del alumbramiento? La *mulier dolorosa* ¿se veía justificada como modelo social? Fue el único debate verdaderamente interesante en el movimiento analítico de los años treinta. Pero fue rápidamente tapado. Los éxitos del psicoanálisis de niños permitieron volver a las cosas serias: el maternaje, las buenas y las malas madres, la

* “Editorial” de la Revista *La Cause Freudienne* 24, *L’Autre sexe*, Navarin-ECF, París, 1993 y posteriormente publicado en *Revista Enlaces* 7, Bs. As., julio de 2007.

educación de los niños y la profilaxis de las enfermedades del sexo que él ha permitido siempre reflejar.

Fue necesario Jacques Lacan para que la caja de Pandora pudiera abrirse. No escatimó esfuerzo alguno para que volviéramos sobre la cuestión del sexo en psicoanálisis. Denunció la falsa necesidad conceptual y la verdadera invasión puritana que se producía en los años sesenta en el psicoanálisis. En lugar de hablar de falo, de castración y de goce, no se hablaba más que de buen objeto, de madres más o menos buenas, de adaptación a la realidad y de esfera autónoma de conflictos. Se reclamaba a voz en cuello, como lo más urgente, la elaboración de una verdadera teoría del Yo para ir en contra del behaviorismo, luego del cognitivismo. Contra esta perspectiva, el retorno a Freud es un retorno a la consideración de la sexualidad femenina y una exhortación de los psicoanalistas a sostener un lugar en el debate, que es uno de los más importantes para nuestra civilización: el que conduce al sexo. Hizo que se percibiera que el lugar del simulacro fálico en la teoría de Freud debe ser abordado a partir de una teoría general del símbolo tal y como la ha promovido la lingüística moderna. El carácter destacado del pene, lo imaginario de su separación, no lo introduce, sin embargo, en la misma serie que el seno y las heces, también ellos separables. Intenta indicar la identidad sexual pero fracasa y solamente indica las dificultades de la sexuación y la imposibilidad de la identificación del goce bajo un símbolo o un significante único.

El problema no es saber si la igualdad de los sexos frente a la ley natural supone que las niñas tengan un conocimiento precoz de la cavidad vaginal que se supone menos accesible a la masturbación que el “hace-pipi” masculino. Se trata de afirmar que la experiencia psicoanalítica testimonia que hay dos tipos de goce que puede experimentar el sujeto y solamente dos que pueden calificar al sexo. Primero, el del órgano masculino, marcado por el Uno: “las alas del deseo arrancadas siempre demasiado tempranamente”. Luego, más familiar a las mujeres, un goce que aparece siempre más difusamente, menos localizable en un órgano, y por esto mismo, menos sumiso a la decadencia, susceptible de ser múltiple, envolvente para el sujeto. Si seguimos a Lacan, Freud quiere decir que hay un goce fálico común a los dos sexos y un representante de aquel común a los dos sexos en un órgano simulacro. Queda un goce Otro, más allá del órgano, que no se acomoda, por la alineación, al símbolo. La castración freudiana, para los dos sexos, enuncia que cada uno debe renunciar a igualarse al sex-símbolo para el otro. Por el contrario, más allá del Uno, queda un goce privado de órgano que hace languidecer. Si las mujeres tienen un acceso a él más decidido es porque ellas no tienen “la angustia del propietario”, según las palabras de Jacques-Alain Miller. Es lo que las autoriza a no ceder sobre la exigencia amorosa. Ellas están listas a dar todo de ellas mismas pero a cambio no dejan de exigir “Encore”, mientras que el hombre se contentaría con un “Una vez más”. Sin embargo, no hay que pensar que este Otro goce sería el atributo de un sexo biológico. Ha habido hombres que supieron, a través de una

vía original, igualarse a ese Encore. No se trata de los transexuales operados, sino más bien, de los místicos como San Juan de la Cruz.

Los psicoanalistas frecuentemente creen poder contentarse con haber revelado al mundo el terror que engendran las malas madres en sus exigencias, más terribles que aquella de la valiente interdicción paterna. Todavía un esfuerzo, lo anunciaba Lacan, y ustedes captarán que han sabido mantener, en la edad de la ciencia, que la disimetría de los sexos permanece irreductible al universal. Lo que es terrible no es la mala madre, sino que la “verdadera mujer” pueda manifestarse en toda mujer. Las figuras míticas o trágicas, aquellas de las grandes novelas, nos incitan a no olvidar jamás a las mujeres que pueden sacrificar todo en nombre de la verdad de la exigencia de amor. A todos los llamados al amor razonable, menos apasionado, reconciliado, responde del lado femenino más allá de la ostentación machista, un *nicht versöhnt* (nada de reconciliación), nunca reconciliarse con el Uno.

Esta revista¹ sostiene que la posición de las mujeres frente al Otro goce no es fácil. Que jamás se unirá con el Uno. Que el torneo amoroso tiene frente a esto bellos tiempos. Que el llamado de este elemento no es ni el mantenimiento de un eterno femenino, ni un golpe bajo que disuadiría de querer conquistar la igualdad de derechos. Es bueno saber lo que el psicoanálisis enseña sobre el límite de la justicia distributiva del goce.

¹ Se refiere a *La Cause freudienne* 24, op. cit.